

CONFERENCIA PARA EL CURSO DE EL ESCORIAL “25 AÑOS DE EL MUNDO”

MUCHO MAS QUE LÁGRIMAS EN LA LLUVIA

Al inaugurar este curso universitario tengo una sensación agridulce. O mejor dicho dulce-agria.

Pocas veces escribo y leo una intervención como esta, destinada a un ámbito especulativo y propicio a la divagación como el académico. Pero como voy a meterme en arenas movedizas, he preferido hacerlo para que, aunque las interpretaciones sean libres, nadie pueda poner en mi boca otras palabras sino las que voy a pronunciar desde la más estricta lealtad a los profesionales, directivos y accionistas del que sigo considerando “nuestro periódico”.

Digo que lo que prevalece es el orgullo, la satisfacción de poder celebrar 25 años de periodismo de calidad. EL MUNDO ha sido el medio de comunicación más influyente del último cuarto de siglo en España. El que más ha marcado la agenda política e intelectual. El que ha hecho una cobertura más original de la actualidad. El que más exclusivas ha destapado. El que más ha antepuesto el derecho de la información de los lectores a cualquier otra

consideración, incluidos sus propios intereses empresariales, incluida la propia comodidad o seguridad de sus directivos. El que más rotundamente se ha enfrentado a todos los enemigos de la democracia. El que ha puesto en jaque a todos los poderes del Estado cuando han incumplido sus obligaciones. El que ha abierto todos los debates regeneracionistas.

También el que ha bañado con sangre su compromiso con la verdad y con el derecho a saber de los lectores. Por eso mi primer recuerdo es para nuestros tres compañeros muertos en el ejercicio de su profesión. Para el paraguas junto a la bolsa de periódicos que acompañaba al cadáver de López de Lacalle junto a la puerta de su domicilio en Andoain, para la siniestra carretera entre Kabul y Jalalabad en la que fue asesinado Julio Fuentes, para la sonrisa fresca y jovial de Julio Anguita Parrado, sellada para siempre por aquel fatídico misil iraquí a las puertas de Bagdad. Para esos muertos venerables cuyo testimonio y ejemplo no ha dejado de inspirarnos ni un solo día desde entonces.

Nos ha tocado vivir un tiempo de grandes y dramáticos acontecimientos. «Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Naves de ataque en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad, cerca de la puerta de Tannhäuser». Si va ya para seis meses que empecé mi mensaje de

despedida de la redacción con estas palabras de Blade Runner que me acababa de recordar Pedro Cuartango, fue porque casaban muy bien con el mazo de portadas que casi a la vez me había entregado Fernando Baeta.

En estos 25 años hemos visto la caída del Muro de Berlín, la liberación de Mandela, la invasión de Kuwait, las dos guerras de Irak, la caída de Mrs. Thatcher y la ascensión y ocaso de Tony Blair, el golpe fallido contra Gorbachov, los peores horrores de ETA (de Irene Villa a Miguel Angel Blanco, pasando por Gregorio Ordóñez, Vallecas, Tomás y Valiente, Ortega Lara... la T4, sus treguas trampa, el aparente cese definitivo de la violencia), los fastos de la Expo, el éxito de los Juegos de Barcelona, las victorias electorales de Clinton, de Bush y de Obama, la España del pelotazo y la corrupción, el váyase, señor González, la amarga victoria de Aznar, la clonación de la oveja Dolly, el descubrimiento del bosón de Higgs, el desarrollo y apoteosis de Internet, la muerte de Lady Di, el nacimiento del euro, la guerra de Kosovo, el triunfo de Zapatero por 9 votos en el PSOE y su llegada al poder, la destrucción de las Torres Gemelas en el ataque terrorista del 11-S, la guerra de Afganistán, los éxitos memorables del deporte español (Nadal, las dos eurocopas, el Mundial...), las bodas de las infantas y la del Príncipe con la Reina del telediario, el trauma, tragedia y enigma del 11M, la muerte de

Umbral, la caída de Lehman Brothers, el final de la escapada de ZP y la mayoría absoluta de Rajoy, la catástrofe de Fukushima, la ejecución de Sadam y el asesinato legal de Bin Laden, los papados de Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco o la abdicación del Rey Juan Carlos I y la proclamación del rey Felipe VI.

NUESTRO PERIODISMO DE INVESTIGACION

Desde que EL MUNDO nació en 1989 como “un nuevo periódico para una nueva generación de lectores” nuestra principal seña de identidad ha sido siempre el periodismo de Investigación y ya que celebramos nuestro 25 aniversario voy a dar 25 botones de muestra de cómo hemos publicado en exclusiva lo que personajes poderosos muy diversos deseaban que permaneciera oculto:

- 1) El caso Juan Guerra
- 2) El caso Filesa,
- 3) El caso Ibercorp, destapado por Casimiro García-Abadillo.
- 4) La entrevista con el fugado Roldán, exitazo de Rubio y Cerdán
- 5) Las confesiones de Amedo y Domínguez sobre los GAL, obtenidas por Melchor Miralles.
- 6) La revelación del hallazgo de los restos de Lasa y Zabala.

- 7) El descubrimiento de las falsedades sobre la imaginaria captura de Roldán en Laos.
- 8) El descubrimiento de las escuchas ilegales del CESID
- 9) La adjudicación de las obras del búnker de la Moncloa al cuñado de González
- 10) El saqueo de Marbella
- 11) El caso Gescartera,
- 12) El caso Alierta
- 13) Las denuncias sobre las pruebas falsas del 11M.
- 14) Las denuncias sobre las testigos protegidas del 11M
- 15) Las actas secretas de la negociación con ETA, obtenidas por Angeles Escrivá.
- 16) El chivatazo del caso Faisán, descubierto por Fernando Lázaro.
- 17) La demostración de que el muerto Paesa estaba vivo.
- 18) Los escándalos de Unió Mallorquina
- 19) El caso Amy Martin, descubierto por Carlos Segovia.
- 20) Los escándalos del clan Pujol y el borrador de la UDEF.

21) El caso Mercasevilla y el escándalo de los ERE

22) Las facturas falsas de UGT.

23) El caso Urdangarín –Cristina de Borbón, destapado como algunos de los anteriores por Inda y Urreiztieta.

24) La entrevista con Corina –el gran scoop de Ana Romero- y las revelaciones sobre el fondo hispano-saudí.

25) Mis 4 horas con Bárcenas, los originales de la contabilidad B del PP y los SMS de Rajoy.

Sobre todos estos asuntos EL MUNDO ha hecho aportaciones decisivas. Y me dejo muchos otros como las revelaciones sobre el Madrid Arena o los pagos a Garzón –“Querido Emilio”- a cuenta de los cursos de Nueva York, descubiertos por María Peral.

¡QUE MARAVILLOSA ORQUESTA!

Hablar, valga la redundancia, de periodismo de investigación es hablar quitándose el sombrero de Antonio Rubio –lo nombro el primero como director de este curso- de Manuel Cerdán, de Melchor Miralles, de Casimiro García Abadillo, de Jesús Cacho, de Eduardo Inda, de Esteban Urreiztieta, de Edu Colom, de Angeles Escrivá, de Ana Romero, de

Fernando Lázaro, de Carlos Segovia, de María Peral, de Joaquín Manso, de Germán González, de Manuel Becerro y de unos cuantos más.

Y es hablar también del seguimiento, persecución y análisis de la noticia con personas de la dedicación y el talento de Marisa Cruz, Carmen Remírez, Manuel Marraco, Luis Angel Sanz, Pedro Simón, Rafael Álvarez, Marisol Hernández, Esther Esteban, Paco Núñez, Orfeo Suárez, Javier Martínez, Pablo Herraiz, Quico Alsedo, Pablo Romero, Pablo Rodríguez Suanzes, Marisa Recuero, Olga Sanmartín, Roberto Becares, Zabala de la Serna o Esther Alvarado.

Me enorgullezco de haber contado en EL MUNDO con lo mejor de la prensa española: con grandes columnistas desde Umbral a Jabois, desde Jiménez Losantos a Raul del Pozo, desde Lucía Méndez a Antonio Lucas, desde Antonio Gala a Arcadi Espada, desde Santiago González a Salvador Sostres, desde Victor de la Serna a Carmen Rigalt, desde Luis María Anson a Cayetana Guillén-Cuervo, desde Dragó a Carlos Cuesta, Enric González o el expatriado Gistau.

Con grandes reporteros desde Fernando Múgica y Alfonso Rojo a Javier Espinosa y David Jiménez o a Rosa Meneses y Alberto Rojas; con grandes corresponsales como Carlos Fresneda, Ruben Amon, Irene Hernández, Juanma Bellver, María

Ramírez o Eduardo Suárez; con grandes humoristas e ilustradores de Ricardo Martínez a Gallego y Rey, pasando por Ulises, Guillermo o Idígoras y Pachi; con grandes directores de arte como Carmelo Caderot y Rodrigo Sánchez; con infógrafos como Ricardo Amade; con editores y reporteros gráficos como Angel Casaña, José Aymá o Carlos García.

Con grandes jefes de opinión, editorialistas y también columnistas como Manuel Hidalgo, Javier Ortiz, Pedro Cuartango , Vicente Ferrer, Vicente Lozano o Mariano Gasparet; con grandes colaboradores y miembros del Consejo Editorial como Jorge de Esteban y Enrique Gimbernat, Felipe Sahagún y Manuel Lagares o Javier Gómez de Liaño.

Y para coordinar tanto talento he contado con el mejor equipo directivo imaginable empezando por mis dos vicedirectores Casimiro García Abadillo y Miguel Angel Mellado y por el artífice del gran éxito de EL MUNDO en Internet Fernando Baeta. Sin personas como ellos o Juan Carlos Laviana, Jorge Fernández, Aurelio Fernández, Natalia Escalada, Victoria Prego, Iñaki Gil, John Muller, Fernando Mas, Juan Forniellas, Rafael Moyano, Fernando Bermejo, Julio Miravalls, o Agustín Pery habría sido imposible hacer tan buen trabajo.

Y si hablo de los generales tampoco puedo olvidarme de los coroneles, comandantes y

capitanes como Sergio Rodríguez, Vicente Ruiz, Manu Llorente, Luis Alemany, Ana Alonso, Silvia Román, José Luis de la Serna, Pablo Jáuregui, Francisco Pascual, Ferrán Boiza, Guillermo Sánchez Herrero, Juan Delgado, Luis Fernando López, Pablo de la Calle, Alberto Prieto, Ana del Barrio, Carmen de la Serna, Amaya García, José Luis Martín Vadillo, Olalla Novoa, Yaiza Perera, Rocío Galván o Miguel Gómez.

O de estupendos editores como Roberto Benito, Isabel Velloso, Edurne Urreta, Ana Bravo, Alfonso Mateos, Iratxe Rojo, Eduardo Álvarez, Fátima Ruiz o Isabel Munera,

Y no puedo olvidarme de los directores de las ediciones regionales empezando por Paco Rosell, y siguiendo por Oscar Campillo, Eduardo Inda, Agustín Pery, Tomás Bordoy, Rafa Navarro, Alex Salmon, Josean Izarra, Rafa Porrás y todos sus antecesores.

Ni tampoco de los equipos de Crónica, La Otra Crónica y Metrópoli, Yo Dona, Fuera de Serie o El Cultural con nombres del calibre de Marta Michel, Blanca Berasategui, Idefonso Olmedo, Romualdo Izquierdo, Gonzalo Suárez, Ana María Ortiz, Martín Mucha o Beatriz Miranda.

Debo añadir que sin el liderazgo, colaboración y respaldo de nuestros sucesivos presidentes Alfonso

de Salas, Carmen Iglesias y Antonio Fernández Galiano, nuestro consejero delegado Giorgio Valerio, nuestros vicepresidentes Paolo Carrer y Alejandro de Vicente, sucesor del gran Balbino Fraga en el área comercial, nuestros brillantes y abnegados directores generales Luis Enríquez y Eva Fernández, claves en la innovación y la gestión diaria, y sin la ayuda de mis queridísimos letrados Cristina y Juan Luis Peña todo habría sido más difícil. Nuestros principales ejecutivos representan a todos los que desde los demás departamentos –Financiero, Sistemas, Publicidad, Marketing, Servicios Generales o Personal- han materializado el espíritu cooperativo de Unidad Editorial del que tanto se ha beneficiado la redacción.

Dejadme por último mencionar a Isabel Mancheño, Mari Carmen García, Amelia Marco, Elena Franco, Margarita Calvo, Mari Carmen Aguilar, Pilar Retamosa, Teresa García, Mari Luz Padilla o Raquel Pérez Conde, alma, corazón y vida de nuestro periódico desde el pulmón de su Secretaría.

He escrito estos nombres de memoria. Seguro que me olvido de alguien importante. En todo caso son muchos más los omitidos que los mencionados. Les pido perdón pero creo que los cientos de periodistas que han pasado por la redacción de EL MUNDO se sentirán bien representados por el perfil de alguno de estos compañeros suyos. Me siento orgulloso de

todos ellos y creo que, si no todos, al menos la mayoría también se sienten orgullosos de mí porque hemos mamado la misma leche, hablamos el mismo idioma y tenemos la misma patria intelectual. Qué maravillosa orquesta he dirigido. Si Peter Preston me ha definido en The Guardian como el “periodista europeo más importante de los últimos 25 años” no lo ha hecho porque me conociera a mí sino porque conocía a EL MUNDO.

UNA INJUSTICIA Y UNA EQUIVOCACION

Con motivo de este 25 aniversario EL MUNDO está siendo objeto de homenajes, celebraciones y hasta cursos de verano. Yo lo he liderado durante 24 años y medio que en su conjunto han sido de prosperidad, influencia y pujanza. Hasta nuestros mayores enemigos reconocen que España habría sido distinta –yo digo que peor- sin un diario como el nuestro. Pero a mí se me niegan ahora las mieles del triunfo. ¿Por qué fui destituido precipitadamente el pasado mes de enero sin tan siquiera esperar a que quien con tanto costo personal fue capaz de desembarcar una y otra vez en Normandía, pudiera desfilas este octubre Paris? ¿Por qué nuestro accionista, el grupo italiano RCS, optó por separarme abruptamente de mi equipo, como si yo fuera una mala influencia para la redacción que había formado y moldeado durante un cuarto de siglo, en lugar de cumplir las previsiones de mi contrato que establecían que me

convertiría en Editor Ejecutivo del periódico cuando dejara de ser director?

¿Por qué fui destituido como director de EL MUNDO? Nadie me lo ha explicado a mí, nadie se lo ha explicado a los lectores de EL MUNDO. El Consejero Delegado de RCS Pietro Scott Jovane invocó razones de “pérdida de rentabilidad” en una entrevista concedida a nuestro principal competidor; pero yo nunca he tenido responsabilidades de gestión –esto debe quedar claro: yo nunca he controlado la cuenta de resultados- y siempre he sido un activo para los diarios que he inventado y dirigido. Como ya le dije, ni estoy cansado ni he perdido facultades. También mencionó en esa entrevista una supuesta “pérdida de lectores”, vinculándola vagamente a la línea editorial, pero los datos no avalan esa tesis. De hecho nunca, ni una sola vez en los últimos años, los accionistas me expresaron objeción o preocupación alguna por la línea editorial y su incidencia en la marcha del periódico.

EL MUNDO cerró 2013 como líder absoluto en Internet en abierto, líder absolutísimo en el mercado clave de la réplica digital y como el que mejor se comportó en el soporte tradicional entre los grandes diarios nacionales. Según OJD la venta de EM cayó un 9%, la de EP un 14% y la de ABC un 15%. Estos son los datos. Esa era mi área de competencia.

Como digo, en lugar de aplicar la cláusula de mi contrato que preveía que cuando dejara de ser director ocuparía una nueva posición dentro del organigrama del periódico, lo cual garantizaba una transición con continuidad -eso hubiera sido lo razonable- se decidió extirparme de la redacción, arrancarme de entre mis compañeros como si el fundador de EL MUNDO fuera una mala hierba cuya influencia nociva hubiera que eliminar. ¿Por qué? Todavía nadie ha contestado de forma verosímil a esta pregunta.

Los accionistas, es decir el propietario del periódico, estaban en su derecho de hacer lo que hicieron y no puedo dejar de agradecerles que tardaran 24 años y medio en darse cuenta de que yo no era el director adecuado para el periódico que fundé. Respeto su decisión pero creo que han cometido una grave equivocación. Se lo dije en el Consejo de Administración –yo era el único que había estado ahí desde el principio- cuando les pedí que detuvieran la mano del ángel que estaba a punto de apuñalarme y se lo repito hoy.

Han pasado ya casi medio año durante el que Casimiro García-Abadillo ha mantenido con gran mérito y en un entorno adverso la calidad editorial y los compromisos del periódico con sus lectores, pero nada indica que mi destitución haya arreglado o tan siquiera aliviado los problemas de modelo de

negocio que EL MUNDO comparte con el resto de los grandes diarios tradicionales. Es verdad que durante este curso 2013-2014 ha habido una verdadera epidemia con una alta tasa de mortalidad entre los directores de los grandes periódicos del mundo desarrollado y eso indica que la cuerda se rompe siempre por la parte más débil. Pero no todos los casos son iguales.

EL ESPIRITU DE UNIDAD EDITORIAL

EL MUNDO nació como un proyecto intelectual antes que empresarial. La empresa que se creó al servicio de ese proyecto intelectual fue bautizada como Unidad Editorial y desde el primero hasta el último día en que he tenido responsabilidades en ella he tratado de hacer honor a su nombre, convencido de que es la unión lo que hace la fuerza, de que es la suma de talentos diversos lo que enriquece y potencia un proyecto en un entorno de discusión creativa y debate permanente.

Por eso siempre traté de estimular las sinergias editoriales con nuestros accionistas de Il Corriere encontrando la máxima complicidad en grandes capitanes de empresa como Cesare Romitti o Vittorio Colao y en ese excepcional director de periódicos que es Ferruccio de Bórtoli.

Por eso cuando se produjo la toma del control por RCS al término de los pactos de sindicación con los

fundadores traté de convencer a mis compañeros de la primera hora Alfonso de Salas, Balbino Fraga y Juan González de que permanecieran en la compañía aunque su situación fuera distinta a la que habían mantenido hasta entonces.

Por eso cuando Antonio Fernández Galiano recibió sucesivas ofertas para ocupar altas posiciones ejecutivas en los grupos Prisa y Vocento hice cuanto estuvo en mi mano para convencerle de que continuara en Unidad Editorial, dando la voz de alarma ante los accionistas italianos, estimulando su reacción y contraoferta, argumentando una y otra vez por escrito ante Antonio en pro de su continuidad y plantándome en su despacho hasta conseguir que se quedara, lo que me produjo una enorme satisfacción al cabo de tantos años de amistad y colaboración.

Por eso cuando Luis Enríquez recibió sucesivas ofertas del propio grupo Vocento para acompañar primero a Fernández Galiano y sustituirle después como máximo ejecutivo del grupo hice cuanto estuvo en mi mano para tratar de disuadirle y dejé constancia de mi profunda frustración cuando fue imposible retenerle.

Por eso me apliqué con cuantos argumentos supe a la tarea de intentar evitar la irreparable pérdida de alguien de la dimensión intelectual y de la talla humana de Carmen Iglesias tras la reestructuración

de la cúpula de la compañía que supuso el desenlace de la anterior crisis.

Por eso durante estos 24 años y medio he mantenido una perpetua vigilancia para salir al paso de cuantas ofertas hacía la competencia a los miembros de nuestro staff –empezando por los dos vicedirectores Casimiro García Abadillo y Miguel Angel Mellado, extraordinarios periodistas donde los haya- y a los grandes columnistas, reporteros e ilustradores del periódico.

Cada vez que lograba retener o ampliar el compromiso de uno de ellos con el que ya llamábamos con énfasis radiofónico “nuestro periódico” me sentía realizado. Por eso uno de mis días más felices como director fue cuando logré recuperar a Umbral para EL MUNDO después de su efímero paso por el ABC.

De ahí, porque siempre he pensado que nuestra unión ha hecho la fuerza, que me haya parecido tan absurdo, injusto y equivocado que después de todos estos años defendiendo nuestra resplandeciente ciudad sobre la colina ahora haya sido yo el amputado, el expulsado, el desterrado de ella y solo me quede el consuelo de que mis pasquines semanales sigan siendo colocados en sus muros. Yo era uno de los grandes activos de Unidad Editorial y de EL MUNDO y siempre he secundado las decisiones de la empresa, siempre he tenido la

suficiente flexibilidad como para adaptarme a nuevas estrategias o repartos de competencias. Si con alguien no hubiera tenido problemas a la hora de compartir responsabilidades es con Casimiro García-Abadillo pues ya lo he hecho durante muchos años. Eliminándome a mí se ha mermado el proyecto y se ha debilitado innecesariamente al periódico.

LA GRAVE ACUSACION DE RAJOY

A falta de otro relato verosímil sigo manteniendo que es imposible entender mi destitución sin la serie de acontecimientos que se desencadenó hace un año cuando el 7 de julio publiqué mi artículo “Cuatro Horas con Bárcenas”, cuando el 8 de julio entregué al juez Ruz el primer documento original de la contabilidad B del PP, cuando el 11 de julio declaré como testigo ante la Audiencia Nacional corroborando lo que me había revelado Bárcenas y cuando el 14 de julio reproduje en la portada de EL MUNDO los SMS que Rajoy envió al tesorero antes y después –esto es lo esencial: “Lo entiendo, Luis. Sé fuerte. Mañana te llamo”- de que se descubrieran los 25 millones que tenía escondidos en Suiza.

Hay quien dice que yo “aposté” por el “caso Bárcenas”: mil veces en las que volviera a tener conocimiento de unos hechos documentados de tanta gravedad y relevancia política mil veces

volvería hacer lo mismo. Como en los otros 24 casos antes mencionados.

A continuación vino el pleno del 1 de agosto con la proclamación de Rajoy: “Hay un círculo de la calumnia que siempre funciona igual: un delincuente le da información a un periódico, en este caso al diario EL MUNDO, que este manipula y tergiversa adecuadamente para generar una calumnia que a mediodía será amplificadas por las televisiones”.

Creo que no nos hemos terminado de dar cuenta de la trascendencia de lo que sucedió ese día. Fue uno de los mayores ataques a la libertad de expresión en 37 años de democracia que los demás medios fingieron ignorar. Fue una acusación gravísima en sí misma. Por su contenido pues suponía llamar mentiroso y delincuente a EL MUNDO y por lo tanto a su director. Por la persona que la formulaba: el jefe del Gobierno. Y por el momento y lugar en que se pronunciaba: un pleno extraordinario del Congreso de los Diputados.

Pero además existía el agravante de que Rajoy utilizara unas viejas palabras de Rubalcaba relacionadas con un episodio del caso Roldán que incluían la expresión “siempre funciona igual”. Se estaba haciendo pues una enmienda a la totalidad a la trayectoria de EL MUNDO, a su contribución a la lucha contra la corrupción, a su apuesta por la regeneración democrática, a su propia razón de ser.

Y el líder del PP invocaba como fuente de autoridad contra nuestro periódico y contra mí al líder del PSOE implicado en el encubrimiento político de los peores delitos desde los GAL al chivatazo del Faisán.

Nunca como esa mañana quedó en evidencia el pacto de auxilios mutuos para tapar la corrupción que sustenta al bipartidismo en España. Rajoy necesitaba destruir la credibilidad de Bárcenas como en el pasado Rubalcaba y González habían necesitado destruir la credibilidad de Amedo, Roldán o Van Schouwen para desviar la atención de las revelaciones y documentos que aportaban. Y para que esa estrategia prosperara Rajoy necesitaba también presentar a EL MUNDO y presentarme a mí como cómplice de ese presunto delincuente y convertirme en su enemigo público y declarado. Exactamente igual que lo habían hecho González y Rubalcaba cuando nos llamaron “basura amarilla fruto de la descomposición intestinal”, cuando nos llevaron sin base alguna ante los tribunales o cuando fomentaron el infame montaje de hace 17 años contra mí.

¿Cuáles son los límites del señor Rajoy? De momento ya hemos visto que lo suficientemente laxos como para boicotear y ordenar boicotear un acto del simbolismo de la entrega de los Premios Internacionales de Periodismo a pesar de que estén

dedicados a la memoria de quienes dieron su vida por los valores más altos que inspiran una democracia, a pesar de que ese acto siempre haya sido respetado como un ámbito de tregua por gobiernos y oposiciones, a pesar de que quien entró a mi lado en el domicilio de López de Lacalle el día de su asesinato fuera el propio Rajoy como vicepresidente que era del Gobierno de Aznar.

Los acontecimientos posteriores al 1 de agosto también son relevantes y conocidos. En ese mismo pleno Rajoy afirmó: “Cuando yo llegué a presidente del Gobierno el señor Bárcenas ya no estaba en el partido”. Pues bien el domingo 11 de agosto EL MUNDO volvió a ponerle en evidencia, reproduciendo en portada la nómina de abril de 2012 que probaba que no sólo estaba en el partido sino que cobraba catorce pagas de 18.297€ cada una. Tres días después sin que viniera a cuento María Dolores de Cospedal, secretaria general de una organización con cientos de miles de afiliados y millones de votantes declaró ante el juez con especial hipocresía: “Yo no leo EL MUNDO”.

El poder político nos había estigmatizado, el gobierno nos convertía en apestados. El boicot a los Premios Internacionales de Periodismo, con nada menos que Vargas Llosa como principal galardonado, transmitió un nítido mensaje: mientras Pedro J. Ramírez sea el director, EL MUNDO será

nuestro enemigo. Pronto las redes de intoxicación gubernamental empezaron a presentarme como un peligro para la estabilidad institucional e incluso para la recuperación económica. Muchas de las principales empresas del Ibex, coordinadas a través del llamado Consejo de la Competitividad que se fotografía en la Moncloa como si fuera una especie de Gobierno bis, tomaron nota y empezaron a actuar en consecuencia. Y por supuesto las administraciones gobernadas por el PP –o sea la gran mayoría- cerraron el grifo de la publicidad institucional y descartaron cualquier tipo de patrocinios o convenios. El resultado queda fielmente reflejado en los sucesivos boletines del Observatorio de la Publicidad de la AEDE, basada en estudios de Deloitte: mientras en el primer semestre de 2013 EL MUNDO se comportó mejor que sus principales competidores, en el segundo ocurrió todo lo contrario.

Mucho se ha comentado también sobre la presunta influencia de la Casa del Rey en mi destitución. Es cierto que existe el precedente lejano de la intervención de don Juan Carlos –admitida por él mismo- en mi cese como director de Diario 16. Es cierto que durante los últimos meses recibí desde la Zarzuela y su entorno números mensajes de disgusto por la cobertura del caso Urdangarín o las revelaciones y entrevista con Corinna. Y es cierto que una alta personalidad política me comentó que

don Juan Carlos le había dicho que yo estaba en contacto permanente con el juez Castro –a quien por cierto no tengo el gusto de conocer- para impulsar la acción penal contra la Infanta Cristina. Pero nada de esto se tradujo, que yo sepa, en ninguna iniciativa concreta. O al menos, a diferencia de lo ocurrido con la conducta del Gobierno, no dejó huella pública ninguna.

EL FUTURO DE EL MUNDO

¿Qué es lo que yo desearía que sucediera ahora? Todo miembro amputado anhela su reimplante. O sea volver a compartir el desarrollo del proyecto de EL MUNDO con mis compañeros. Cuando yo he dicho que estaría dispuesto a devolver la indemnización para dar marcha atrás en la moviola no se trataba de ninguna boutade. Era y es un ofrecimiento formal. Emocionalmente sigo perteneciendo a EL MUNDO y en términos de propiedad intelectual EL MUNDO me pertenece a mí, al menos algo más que al siguiente.

Pero lo importante no es lo que suceda conmigo. Al cabo de 34 años dirigiendo periódicos mi carrera profesional está más que hecha y mi vanidad suficientemente colmada. En estos meses me he dado cuenta además de que puedo ser feliz de otras maneras y cada día siento mayor pasión por la investigación y divulgación de la Historia. El Primer Naufragio se va a publicar este otoño en Francia y

después de La Desventura de la Libertad sucedieron acontecimientos apasionantes en España que me tienden ya emboscadas diarias desde mi biblioteca.

No, lo importante es lo que suceda con EL MUNDO porque como bien sabe el grupo RCS un periódico no es una planta embotelladora ni una fábrica de calcetines y sus propietarios tienen en este caso un legado especialmente precioso que preservar y una responsabilidad indeclinable ante el conjunto de la sociedad española. Por eso, como últimamente proliferan los rumores y declaraciones sobre ventas, fusiones y consolidaciones quiero dejar algunas cosas muy claras desde mi condición de fundador del periódico:

1.- Mientras sea fiel a sus principios y a su praxis de estos 25 años, mientras mantenga su voz diferenciada e insobornable, estoy seguro de que EL MUNDO no tendrá un problema de espacio editorial. De hecho hoy tiene más lectores que en ningún otro momento de su historia si consideramos todos los soportes.

2.- Sigo convencido de que los problemas derivados de la crisis del modelo de negocio tradicional que EL MUNDO comparte con los principales rotativos de los países avanzados no tienen más salida que acelerar la apuesta por la innovación y el desarrollo digital. El futuro será digital o no será. Orbyt, el muro de pago en la web y las aplicaciones nativas que

formaron el trípode en el que se basó la estrategia editorial de la campaña “El MUNDO cambia de piel” siguen siendo la base de la receta a aplicar, en línea con lo que están haciendo los principales diarios del mundo. Por su credibilidad, trayectoria y características EL MUNDO es la cabecera de la prensa española en mejores condiciones para acelerar con éxito esa transformación.

3.- Sería inaceptable que el ajuste en el sector de los medios de comunicación se hiciera a costa del pluralismo. Fusionar EL MUNDO con el ABC o La Razón sería una operación antinatural que perjudicaría a los lectores. Tan antinatural como fusionarlo con El País. Porque EL MUNDO no ha sido nunca un periódico de derechas ni de izquierdas sino un periódico con un ideario liberal y una actitud radical al servicio de la gente que quería saber lo que los demás estaban dispuestos a ocultar, en función de unas u otras afinidades. Es evidente que el Gobierno de Rajoy y el poder económico que controla gran parte de la prensa pretenden rechazizar y domesticar a EL MUNDO pero eso supondría abocarlo a su mengua y tal vez a su extinción.

4.- Teóricamente sería posible abordar algún tipo de acuerdo de consolidación con otros grupos que permitiera preservar la identidad de EL MUNDO y aprovechar sinergias comerciales, industriales o

logísticas. Pero eso sólo podría conseguirse en la práctica con unos pactos claros entre accionistas que garantizaran la independencia y la aplicación de los principios fundacionales de EL MUNDO. Y sé muy bien de lo que hablo porque esos principios fundacionales los escribí yo.

5.-Puede que no se dé ninguno de estos supuesto y que todo continúe como hasta ahora. En ese caso yo seguiré comportándome como el “ex director ejemplar” que prometí ser, apoyando desde la distancia a Casimiro García-Abadillo y el resto del equipo. Pero en el caso de que RCS decida desprenderse de EL MUNDO, fusionarlo con otra cabecera o aportarlo a un proceso de consolidación haré cuanto esté en mi mano para contribuir a que se preserve la identidad e independencia del periódico que fundé junto a mis compañeros.

6.- Si mis esfuerzos fueran vanos y esa venta, fusión o consolidación se produjera a costa de desvirtuar la identidad de EL MUNDO, promoveré, tan pronto como sea posible y junto a aquellos compañeros que quieran sumarse al empeño, el lanzamiento de una nueva cabecera que garantice la continuidad de nuestra manera de entender el periodismo.

El día que me despedí de la redacción tras ser destituido como director era muy consciente de cuál es el final de la cita de Blade Runner sobre las “naves en llamas más allá de Orion” y “los rayos C

en la puerta de Tannhauser” que me había pasado
Cuartango: “Todos esos momentos se perderán en
el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de
morir”.

Naturalmente omití ese final porque esto es lo que
no va a suceder, al menos esta vez, al menos en lo
que de mi dependa. No, “todos esos momentos”,
nuestros 25 años de esplendor, no “se perderán en
el tiempo como lágrimas en la lluvia”. No, no “es
hora de morir”. Es hora de innovar. Es hora de
seguir viviendo, todo lo peligrosamente que haga
falta, porque “en el riesgo está la esperanza”.